

FIVE
t on

0M D

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Herida de muerte

PASO DE COMEDIA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910



HERIDA DE MUERTE

HERIDA DE MUERTE

PASO DE COMEDIA

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA el 14 de Marzo de 1910



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

A María Guerrero,

alma y vida de nuestra escena, sus devotísimos admiradores y amigos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ARACELI....................	María Guerrero.
EDUARDO..................	Mariano Díaz de Mendoza.
JACINTO....................	Luis Martínez Tovar.
FERMÍN.....................	José López Alonso.

HERIDA DE MUERTE

Salita elegante y coquetona, en que el joven doctor Jacinto Cañales recibe, en su casa de Madrid, á lo más granado de su clientela femenina. Una puerta al foro y otra á la izquierda del actor. Es de noche. Luces.

JACINTO, vestido de frac, pasea fumando. Por la puerta del foro llega de la calle EDUARDO, su hermano, también de frac.

Eduardo. ¡Mediquillo!

Jacinto. ¡Hola, abogadete! Dios te guarde. ¿Tú por esta casa?

Eduardo. ¿Y María?

Jacinto. Allá dentro, esperándome.

Eduardo. ¿Vais al teatro, por supuesto?

Jacinto. Sí; á la Princesa.

Eduardo. Yo también.

Jacinto. Ah; ¿entonces vienes para que nos vayamos juntos?

Eduardo. No: vengo á otra cosa: vengo contra ti.

Jacinto. Pues de milagro me pescas. Ya debía estar en el teatro...

Eduardo. ¡Hombre, por Dios! ¿Tú, el médico más elegante de Madrid, incurres en la vulgaridad de ver el acto primero de las comedias? ¡Bah!

Jacinto. ¿Qué quieres? Incurro en esa vulgaridad, y en la de no levantarme de mi sitio hasta que baja el telón en el último acto.

Eduardo. Pues no sé cómo tienes tanta y tan distinguida clientela. A mí el acto primero me lo explica siempre un acomodador y el desenlace el guardarropa.

Jacinto. Bien está. Bromas aparte, cuéntame qué es lo que te trae contra mí. O entra primero á ver á María, que dice que eres el número uno de los cuñados ariscos y descorteses. Nos llama Caín y Abel.

Eduardo. ¿Caín eres tú?

Jacinto. Por decontado.

Eduardo. Pues oye, Caín. Ahora entraré á ver á tu costilla. Oye. ¿Tienes inconveniente en presentarme esta noche en el teatro á la Villa-Serena?

Jacinto. ¿A la Villa-Serena? ¿A Beatriz? Ninguno. Pero ¿tú para qué quieres conocer á Beatriz?

Eduardo. ¡Oh! Comprende que no será para verle el escote, porque eso se ve perfectamente desde todos los puntos del teatro.

Jacinto. Entonces ¿para qué?

Eduardo. Para nada. Si á mí no me importa un bledo esa señora respetable...

Jacinto. ¿Pues por qué me pides que te la presente?

Eduardo. Porque á su palco van desde hace algunas noches unos ojos negros, puestos en la cara más linda que sostiene el cuerpo más bello de la mujer más hermosa que hay en todo Madrid.

Jacinto. ¡Anda con Dios! ¿Al palco de la Villa Serena va todo eso?

Eduardo. Justo. ¿De qué te ríes?

Jacinto. ¿Cómo se llama esa mujer?

Eduardo. Araceli Rivera.

Jacinto. Sorprendido. ¿Araceli Rivera?

Eduardo. La misma. ¿Qué te choca?

Jacinto. ¿Y tú quieres tratar á Araceli Rivera?

Eduardo. Sí, hombre. ¿Qué inconveniente hay?

Jacinto. ¿Cuál es tu intención?

Eduardo. No lo sé todavía. Ni hay por qué analice mis sentimientos. Pero tengo una necesidad imperiosa de hablar con ella y de decirle que ha nacido como Venus, del mar entre la espuma.

Jacinto. ¿Sabes, Eduardo, que no conozco un calavera de más suerte que tú?

Eduardo. De más gusto querrás decir.

Jacinto. De más suerte, digo. ¿Por qué crees que me has encontrado en casa á estas horas?

Eduardo. ¡Qué sé yo!

Jacinto. Porque estoy esperando á la propia Araceli Rivera, que va á llegar de un momento á otro.

Eduardo. ¿Tú?

acinto. Yo.

Eduardo. ¿Que Araceli Rivera...?

Jacinto. Va á venir á mi casa de un momento á otro.

Eduardo. ¡Jacinto!

Jacinto. Mira. Le muestra una carta.

Eduardo. ¿Es suya esa carta, Jacinto?

Jacinto. No.

Eduardo. ¿De quién es?

Jacinto. De la Villa Serena, su amiga, cabalmente. Escucha. Lee. «Querido Jacintillo: esta noche te voy á robar una hora de teatro. Dispénsame. Una amiga mía muy guapa—dicho sea esto en compensación de la penitencia que te impongo—desea consultarte. Me refiero á Araceli Rivera, que está herida de muerte, según ella cree, aunque por fortuna en esa creencia no la acompaña nadie. Ha visto á todos los médicos de Madrid, y casi del mundo, y ninguno ha acertado á curarla; pero todos coinciden en asegurarle que está como una rosa.»

Eduardo. ¡Y lo está! ¡Si no hay más que verla!

Jacinto. Calla. Sigue la lectura. «Los padres se oponen

resueltamente á que vea á más médicos. Yo creo que hacen bien; pero como soy muy amiga tuya y á ella la quiero mucho...»

Eduardo. ¡Qué simpática es esa señora!

Jacinto. «... Y á ella la quiero mucho, te suplico que, con toda reserva, la oigas esta noche. Irá á tu casa antes de ir al teatro con la señora que al teatro la acompaña. Tú, que eres un hombre de ciencia y un hombre de mundo...»

Llega por la puerta del foro FERMÍN, el criado de Jacinto, con una tarjeta.

Fermín. Don Jacinto.

Jacinto. ¿Qué hay, Fermín?

Fermín. Esta señorita.

Jacinto. Leyendo la tarjeta. Ella es.

Eduardo. ¿Araceli?

Jacinto. Araceli.

Eduardo. ¿Que está ahí Araceli?

Jacinto. Sí, hombre; no te me vayas á desmayar.

Eduardo. No, no me desmayo, pero... ¿A ti qué te parece que haga? ¿Me voy, me quedo, me meto debajo de la mesa?...

Jacinto. ¡Qué loco eres! Verás lo que vamos á hacer. Vas á conocerla antes que yo.

Eduardo. ¿Cómo?

Jacinto. Mientras yo le cuento á María todo este lance tuyo, tú recibes á esa señorita tan guapa. Le dices que yo salgo al instante, le das un rato de palique, le juras que ha nacido entre las espumas del mar, como Venus, y cuando yo aparezca, se cambian los papeles: me dejas aquí y tú te vas á charlar con María.

Eduardo. Muy bien. Me parece muy bien. Es un plan admirable.

Jacinto. ¿Ves cómo tienes más suerte que nadie en el mundo? Hazla pasar.

Eduardo. Sí; ahora mismo. Vete tú.

Jacinto. Buena mano derecha. Se va por la puerta de la izquierda.

Eduardo. Fermín.

Fermín. Señorito Eduardo.

Eduardo. ¿Con quién viene esa señorita?

Fermín. Con una señora muy alta, con gafas verdes.

Eduardo. Pues que entre sola.

Fermín. ¿La de las gafas verdes?

Eduardo. No; la de los ojos negros.

Fermín. Está bien.

Vase por la puerta del foro. Eduardo espera emocionado la presencia de la hermosa ARACELI, la cual justifica plenamente la emoción y la chifladura de Eduardo. Al aparecer se detiene anhelante en la misma puerta.

Araceli. Doctor...

Eduardo. Señorita... ¿Qué le sucede á usted?

Araceli. No... nada... Perdóneme usted... Es una impresión la que me produce entrar aquí...

Eduardo. ¿Por qué, señorita? Cálmese... Pase usted... Siéntese donde quiera...

Araceli. Obedeciéndolo maquinalmente. Mil gracias...

Eduardo. ¿Está usted cómoda en esa silla? Aquí estará mejor.

Araceli. Mil gracias... mil gracias.

Eduardo. Pero, cálmese; procure calmarse...

Araceli. No puedo... no puedo... Le suplico á usted que me perdone. Soy ridícula, ya lo sé; pero no puedo, no puedo calmarme en un rato. ¡Si usted supiera el esfuerzo que me ha costado subir hasta aquí!

Eduardo. ¿No ha subido usted en el ascensor?

Araceli. Sí. Pero ¿y el esfuerzo que me ha costado entrar en él?

Eduardo. ¿Le dan á usted miedo los ascensores?

Araceli. No, señor: me dan miedo los médicos. Es decir, los médicos y los ascensores y todo. Esta es la

verdad. Todo me estremece, todo me aterra, todo me sobresalta... ¡Ay, doctor!

Eduardo. Encantado. ¡Ay, doctor!

Araceli. ¿Va usted á hacerme burla?

Eduardo. ¡Qué disparate! Es que ya que la veo más tranquila, debo advertirle á usted...

Araceli. Con susto. ¿Qué?

Eduardo. Nada, nada de particular... no se altere de nuevo.

Araceli. Pero ¿qué tiene usted que advertirme?

Eduardo. Que, en esta ocasión, el miedo de usted á los médicos no está justificado todavía.

Araceli. Por Dios... ni todavía, ni nunca. Usted se ha molestado con mis palabras.

Eduardo. ¿Yo? ¡Yo, no! Esté usted segura, señorita.

Araceli. Soy tonta, inconsciente... Digo sin pensar cuanto se me ocurre. Perdóneme usted una vez más. Los médicos me espantan, pero también me atraen. Ellos tienen el secreto de la vida... y ¡yo quiero vivir! ¡Quiero vivir, doctor, quiero vivir!

Eduardo Le alabo á usted el gusto, señorita; y me permito darle la enhorabuena.

Araceli. ¿Por qué?

Eduardo. Porque durante muchos años va usted á conseguir sin violencia alguna lo que quiere.

Araceli. ¿Sí?

Eduardo. ¿Cómo no? ¿Hay más que verle á usted la cara?

Araceli. ¿Qué tengo en la cara?

Eduardo. ¡Los ojos más hermosos que existen!

Araceli. Deje usted las galanterías.

Eduardo. Pues cierre usted los ojos.

Araceli. Halagada. Je.

Eduardo. La cara, Araceli, es el espejo del alma, según muchos. Para mí es el espejo del cuerpo. Si en el cuerpo hay fuerza y salud, á la cara asoman. Y no obs-

tante la palidez momentánea de su impresión primera al entrar aquí, la cara de usted canta salud.

Araceli. ¡La de todos! ¡Lo mismo que todos! ¡Todos me dicen eso!

Eduardo. ¡Naturalmente, señorita! ¡Si es usted un clavel de Mayo!

Araceli. No, doctor; no, doctor... Doctor, no; no me engañe usted... No, doctor; doctor, no; doctor, no...

Eduardo. Doctor, no; doctor, no; estamos de acuerdo. Eso es lo que iba á advertirle á usted, precisamente.

Araceli. ¿Qué?

Eduardo. Que no está usted ante el doctor Cañales.

Araceli. Ya, ya lo sé; ya vengo prevenida.. Ya me lo ha dicho Beatriz... Para mí no será usted el doctor; será usted el amigo... el amigo benévolo, condescendiente... Estrechándole una mano, cuyo aroma huele luego Eduardo en la suya, al descuido. Muchas gracias.

Eduardo. No es eso, señorita...

Araceli. Sí es eso; si me lo ha dicho Beatriz: que es usted muy bueno, muy amable... muy artista... De pronto, alarmadísima. ¿Qué ha notado usted en mí que se huele la mano?

Eduardo. Nada, señorita... Que la mano y usted... huelen sencillamente á gloria.

Araceli. Je.

Eduardo. Pero, á lo que iba, porque mi conciencia no me permite... Al entrar usted por esa puerta, el doctor Cañales se fué por esa otra.

Araceli. Entendido, entendido... No me dé usted más explicaciones. Ya me lo ha dicho Beatriz: será usted mi consejero, mi amigo, mi confesor... Todo, menos el médico.

Eduardo. Muy bien. Todo, menos el médico. Muy bien. Ya no tengo inconveniente alguno en escucharla sin más explicaciones. Toca un timbre que estremece á Araceli.

Araceli. ¡Ay!

Eduardo. ¿Qué ha sido?

Araceli. El timbre: ¿ve usted? Temblando, temblando por el timbre... Le da la mano. Mire usted, mire usted...

Eduardo. Ya, ya... ¡Qué nervios!

Araceli. ¡No se huela usted la mano, por Dios, que me voy á morir del susto!

Eduardo. Je.

Se presenta FERMÍN en la puerta del foro.

Fermín. ¿Llamaba el señorito?

Eduardo. Sí.

Fermín. ¿Qué desea?

Eduardo. Que no estoy para nadie.

Fermín. Bien.

Eduardo. Venga quien viniere, ¿lo oyes?

Fermín. Sí señor. Vase.

Eduardo. No estoy para nadie: es lo mejor. ¿Le molesta á usted esa puerta abierta? La de la izquierda.

Araceli. A mí, no.

Eduardo. A mí, sí La cierra.

Araceli. Suspirando. ¡Ay!

Eduardo. Ea, y ahora vamos á ver de qué mal va usted á morirse. Se le sienta al lado.

Araceli. No lo eche usted á broma, si ha de inspirarme confianza, doctor.

Eduardo. Doctor, no.

Araceli. Pues bien, amigo mío: no se ría de mi mal, que esa risa de los demás es mi mayor tortura. ¡Yo me muero, y mi padre se ríe!

Eduardo. Eso no puede ser.

Araceli. ¡Pues se ríe! Y mi madre se ríe también... ¡y yo me muero! Y mis amigas se ríen... ¡y yo me muero! ¡Y, la verdad, no creo que tenga ninguna gracia que yo me muera!

Eduardo. Lo que tiene gracia es que usted crea que va á morirse. Por eso se ríen todos.

Araceli. Es que ellos no están dentro de mí. ¡Y yo estoy muy mala por dentro!

Eduardo. Por dentro, es posible; por fuera, no puede usted estar mejor.

Araceli. No lo eche usted á broma.

Eduardo. De ninguna manera. ¿Qué es lo que siente usted por dentro?

Araceli. ¡El purgatorio y el infierno juntos! Oigame usted atentamente. Algo de lo que siento, solo algo, podré explicarle á usted; mucho de lo que siento no, porque no daría con las palabras. ¡Ay, amigo mío! Siento unas angustias, y unos pavores, y unos anhelos, y unas tristezas, y unos sobresaltos, y unas congojas, que no sé como vivo. Tengo constantemente un ansia de no sé qué... de no sé qué... que me hace suspirar y llorar por los rincones como una chiquilla. A veces el aire me parece que está lleno de enemigos invisibles que me persiguen y me quieren matar, y huyo de ellos desatentada. ¡Huir del aire! ¿No ve usted que esto es estar loca? Ni dormida ni despierta es mía mi voluntad. Las lágrimas siempre están á flor de mis ojos, y del llanto salto sin pensar á una risa sin alegría que á mí misma me aterra. Ni el sol tiene luz para mí, ni la vida atractivo ni encanto alguno. ¿Y mis caprichos? Mis caprichos son desatinados; son locos. Cruza volando un pájaro, y deseo con tal ansia que sea mío, que siento que la vida entera se me va tras él. Y si en aquel instante viniera á mis manos, seguramente, sin estimarlo en nada, yo volvería á echarlo á volar. ¡Y así vivo... mejor dicho, así muero, en medio de las risas de cuantos me rodean... y todos viven y se ríen, y solo yo me muero llorando!

Eduardo. No, no; no hay por qué llorar, Araceli; no hay por qué llorar. Serénese usted, que no hay por qué llorar. ¿Quiere usted un poco de agua?

Araceli. No.

Eduardo. ¿De azahar?

Araceli. No.

Eduardo. ¿De tila?

Araceli. No.

Eduardo. ¿De jerez?

Araceli. Bueno. Pero, no: tampoco. No necesito tomar nada absolutamente. Lo que necesito es oirlo á usted. Ya estoy más sosegada.

Eduardo. ¿Que necesita usted oirme, dice?

Araceli. Sí, señor: necesito oirlo. Pronto, pronto.

Eduardo. Bueno; pues me va usted á oir. Usted, Araceli... Usted, hermosísima Araceli...

Araceli. Sin flores.

Eduardo. Hemos quedado en que me va usted á oir. Ahora hablo yo, y yo curo á mis enfermas con flores. Usted, divina, encantadora Araceli, tiene, en efecto, todos esos males que á mí me ha dicho.

Araceli. ¡No me asuste usted!

Eduardo. Usted, si no quiere, no tendrá nada de cuanto me ha dicho.

Araceli. ¡No me engañe usted!

Eduardo. Porque yo le aseguro que todos esos temores, todas esas congojas, todas esas locuras sin fundamento van á durar lo que las pompas de jabón en el aire.

Araceli. Por amor de Dios no me mande usted paseos, ni viajes, ni que me distraiga y tome yemas en jerez á cada momento, porque eso es lo que me mandan todos y lo que ya estoy decidida á no hacer. A un movimiento de Eduardo. Ni á escuchar siquiera. Me tiene muy harta ya la tal sinfonía. ¡Que me distraiga! ¡Qué más quisiera yo que poder distraerme! ¡Lo que yo daría por un libro capaz de sacarme de mí aunque solo fuese algunas horas!... ¡Lo que yo daría por una ilusión que alumbrara mi espíritu siquiera un instante!... ¡Que salga, que dé grandes paseos, que vea gente! ¿Para qué he de verla, si nadie me importa? Además, Doctor...

Eduardo. Doctor, no.

Araceli. ¿Usted se figura que yo no padezco más que esos males de que le he hablado?

Eduardo. ¿Qué más padece usted?

Araceli Mucho más, muchísimo más, infinitamente más padezco. La cabeza, la cabeza que en ocasiones me arde como un volcán, en otras me causa la sensación justa de que está hueca.

Eduardo. ¿Hueca?

Araceli. Hueca, sí; no se ría usted también. Es tal ausencia de peso, de gravedad, que se me antoja que va á salir volando, ó que ya voló y no llevo nada sobre los hombros.

Eduardo. Y se mira usted al espejo y se tranquiliza

Araceli. No se burle. Pero ¿usted ve lo que le cuento de la cabeza? Pues apenas hago caso de ello. Una preocupación mayor me domina. En el pecho es donde yo estoy herida de muerte.

Eduardo. ¡Ave María Purísima!

Araceli. Oh, sí, sí; no lo dude usted. En el pecho tengo yo algo.

Eduardo. Eso no lo discuto yo.

Araceli. Es una opresión, una angustia, un faltarme el aire... ¡Aaaah!... Aspirando con gran fatiga. ¿Ve usted? Me falta el aire. ¡Aaaah!... Me falta el aire. ¡Aaaah!... Me falta el aire. ¡Aaaah!...

Eduardo. Y si sigue usted así me va á faltar á mí también.

Araceli. No, no; usted quiere desonrientarme con sus burlas, pero es inútil. En su cara he visto la impresión que le ha producido á usted este mal de mi pecho, y yo no me voy de aquí sin que usted me reconozca detenidamente.

Eduardo. ¿Cómo que yo la reconozca?

Araceli. Que usted me reconozca, sí.

Eduardo. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Araceli. ¿Qué?

Eduardo. Voladísimo. Nada, nada... Una criatura tan impresionable como usted... sometida á un reconocimiento de esa índole... ¡Qué desatino! ¡Buena íbamos á hacerla! ¿Usted no cuenta con el efecto moral, Araceli? Usted no cuenta con que usted... Usted no cuenta con que yo... ¡Usted no cuenta con muchas cosas!

Araceli. ¡Ay, doctor! Ahora me parece usted más sincero. Acaso tenga usted razón. ¡Yo me muero si usted me reconoce! ¡Pero si no me reconoce usted, también me muero!

Eduardo. Calma, Araceli, calma. No se muere usted. Yo se lo afirmo sin reconocerla. Pero, vamos á adoptar un término medio. Deme usted la mano.

Araceli. ¿Para qué?

Eduardo. Deme usted la mano.

Araceli. ¿La derecha?

Eduardo. Es indiferente. Le toma una mano. Suspire usted ahora.

Araceli. ¡Ay, padre mío!

Eduardo. Bien.

Araceli. ¿Bien?

Eduardo. Bien; bien. Suspire más fuerte, y ya que al suspiro acompañan palabras, dedíquele usted este segundo suspiro á otra persona.

Araceli. ¡Ay, madre mía!

Eduardo. Muy bien.

Araceli. ¿Muy bien?

Eduardo. Muy bien; muy bien. Vuelva usted á suspirar aún más á sus anchas, si es posible...

Araceli. Es posible; sí.

Eduardo. Y evoque al hacerlo á otra persona de su mayor cariño y simpatía.

Araceli. Después de pensarlo. ¡Ay, Sebastián!

Eduardo. Soltando inconscientemente la mano de Araceli. ¿Quién es Sebastián?

Araceli. El único hermanito que tengo.

Eduardo. ¡Quiere usted mucho á la familia!

Araceli. Mucho. ¿Suspiro otra vez?

Eduardo. No; porque á lo mejor va usted á suspirar por un primo segundo...

Araceli. ¿Y qué?

Eduardo. Nada, nada; otra broma, Araceli.

Araceli. Otra broma, no. Porque usted al oir lo de Sebastián palideció de pronto; usted soltó mi mano al oir lo de Sebastián... ¿Qué pensó usted que tenía yo en el pecho?

Eduardo. ¡Pensé que tenía usted á Sebastián!—que no es grano de anís.

Araceli. No entiendo, amigo mío.

Eduardo. Pues ya es hora de que entienda usted. No es posible, Araceli, que yo siga adelante con lo que hasta aquí solo puede hallar disculpa en la ligereza de mi carácter y en la misma vehemencia de usted, que me ha impedido hablar más claro.

Araceli. Tampoco entiendo.

Eduardo. Déjeme usted continuar. Yo no soy Jacinto Cañales, el médico famoso, el amigo de su amiga Beatriz, el hombre de moda...

Araceli. ¡Dios mío! ¿Es que me he metido en otro cuarto?

Eduardo. No. Se ha metido usted en el cuarto adonde venía. Está usted en casa del doctor Cañales, que ahora mismo saldrá, y en presencia de su hermano Eduardo.

Araceli. Ah; ¿es usted su hermano Eduardo?

Eduardo. Para servir á usted.

Araceli. ¿El viudo?

Eduardo. El soltero.

Araceli. Ya. El soltero... Pues parecía usted el casado.

Eduardo. ¿El casado? ¿Por qué?

Araceli. Quiero decir que parecía usted el médico.

Me ha estado usted oyendo con un interés y poniendo unas caras... ¡Jesús, qué cosa! Esto lo ve una en el teatro y dice que no puede pasar.

Eduardo. Pues... ya ve usted si pasa. Conste, pues, Araceli, que yo no soy el médico. Lo que soy es enfermo, en tal caso.

Araceli. ¿Enfermo usted? ¿De qué está usted enfermo?

Eduardo. Quizás de lo mismo que usted.

Araceli. ¿De lo mismo que yo? Tampoco entiendo eso, Eduardo.

Eduardo. Yo, como usted, daría mil veces cuanto pudiera por una ilusión que alumbrara mi espíritu. Yo, preciosa Araceli, pensaba esta noche ir con mis hermanos al teatro y buscar ocasión de saludarla á usted y de hablarle, porque deseo ser su amigo... porque su persona me interesa profundamente. ¿Entiende usted esto?

Araceli. Eso está más claro que el agua. Ahora, que yo no sé... Usted se hará cargo... Esta situación es tan anormal... ¿Quiere usted que llame á la *miss?*

Eduardo. A mí no me hace falta ninguna.

Araceli. No; ni á mí tampoco, pero... Mi situación... sus palabras de usted... Yo he venido aquí á ver á su hermano...

Eduardo. ¿Quiere usted que llame á mi hermano?

Araceli. Llámelo...

Eduardo. Me parece que hace tanta falta como la *miss*... pero... lo llamaré. ¡Qué diablo! En lugar de presentarme él á mí, lo presento yo á él. Aunque, después de todo, es una tontería. Porque, vamos á ver: ¿usted no se encuentra algo mejor? Con franqueza.

Araceli. Con franqueza: ahora me encuentro bien. Como no estoy pensando en mis males...

Eduardo. Usted lo ha dicho. Olvidar es aliviarse, Araceli. Vamos á dejar á mi hermano allá dentro. Sí;

porque si viene, recuerda usted otra vez lo que aquí la trajo, y vuelve á padecer. Y yo no quiero que usted padezca, Arcaeli.

Araceli. Eduardo...

Eduardo. Le he dicho á usted que me interesa su persona, y quiero que otra vez lo oiga de mis labios. Si el solo verla de lejos me embelesaba y seducía, el oir su voz, el conocer sus cuitas misteriosas ha acabado de cautivarme. ¿Quiere usted ser mi amiga, Araceli?

Araceli. Yo voy á llamar á la *miss*.

Eduardo. Un momento. ¿Quiere usted ser mi amiga?

Araceli. ¿Por qué no, Eduardo?

Eduardo Pues ya que nuestra amistad ha empezado de tan particular y graciosa manera, ya que yo he logrado hacerla olvidar sus males un momento, acépteme como médico por unos días.

Araceli. Como médico... Tiene gracia... Como médico... ¿Y qué va usted á hacer?

Eduardo. Recetar: lo que hacen los médicos.

Araceli. Pero ¿usted sabe?

Eduardo. Curarla á usted, seguramente. Mire usted mi plan. Durante el tiempo necesario la despertará á usted todas las mañanas la llegada de un ramo de flores que yo le enviaré. ¿Me dispensará usted el honor de aceptarlo?

Araceli. ¿Como medicina?

Eduardo. Desde luego.

Araceli. Si es como medicina...

Eduardo. Horas después, pasaré por la acera de enfrente á la de su casa, y usted se asomará al balcón.

Araceli. Ay, me da mucho miedo caerme; por eso no me asomo nunca.

Eduardo. No importa. Como soy yo el que ha de pasar por debajo, si se cae usted, respondo de que no se hará daño alguno.

Araceli. Je. Tiene gracia...

Eduardo. Por la noche, al teatro. Al que usted asista iré yo. Charlaremos allí de las impresiones del día, sin hacer mucho caso de la función, por si es tristona... y Dios dirá luego. Del resultado que nos dé este plan de los primeros días dependerá todo lo demás. ¿Acepta usted... enferma de desilusión?

Araceli. Acepto, sí... No es un plan nada duro... Recibir sus flores por la mañana, saludarlo á usted al medio día y hablarle por la noche... No es muy duro, no...

Eduardo. ¿Verdad? ¿Y espera usted que acierte?

Araceli. No sé... no sé... no quiero contestarle... Como me ha llamado usted enferma de desilusión... Si luego hay algún cambio en el plan...

Eduardo. No, eso no; todo será sobre lo mismo... Más flores, más saludos, más charla...

Araceli. Más charla... más saludos... más flores... Veremos... veremos... Es muy alegre la esperanza... Veremos... Pero ahora...

Eduardo. ¿Está violenta, no es verdad? ¿Desea marcharse?

Araceli. Sí.

Eduardo. ¿Sin ver á mi hermano?

Araceli. Se me ha hecho un poco tarde, ¿no? En el propio teatro me echarán de menos algunos amigos de casa.

Eduardo. ¿Quiere usted mi brazo hasta la puerta?

Araceli. ¿Como medicina también?

Eduardo. También.

Araceli. Je. A Jacinto dele mis disculpas...

Eduardo. ¡Bah! ¡Es un mediquillo de tres al cuarto!

Se van del brazo por la puerta del foro; él contemplándola sonriente y ella á cien leguas del objeto de su visita. A punto de verlos desaparecer llega curiosamente JACINTO por donde se marchó.

Jacinto. ¡Ah, caramba! ¡Se la lleva del brazo! ¡Pero este hermano mío es inconmensurable! Llamando. ¡Fermín! ¡Fermín!

Sale FERMÍN por la puerta del foro.

Fermín. Señorito.

Jacinto. ¿Tú sabes que ha ocurrido aquí?

Fermín. Señorito, yo no sé más sino que el señorito me dejó ahí fuera con la inglesa que viene con la señorita y me dijo que no estaba para nadie.

Jacinto. ¿Para nada?

Fermín. Para nadie

Jacinto. ¿Y tú has hablado algo con la inglesa?

Fermín. ¡Mucho! Tampoco anda buena. Empezó á contarme que se va á morir el día menos pensado, y que tiene unas tristezas muy grandes, y que no duerme, y que no come; y yo le dije que en cuanto se enamorara de un español como yo, se le acababan esas murrias. Y se va tan contenta.

Jacinto. ¡Bien, hombre, bien! Pero ese hermano mío...

Fermín. Aquí llega.

Vase Fermín y llega, en efecto, EDUARDO muy gozoso.

Jacinto. ¡Eduardo!

Eduardo. ¡Jacintillo! ¡Abrázame!

Jacinto. ¿Y la enferma?

Eduardo. ¿La enferma? Convaleciente ya. En cambio yo, gravísimo.

Jacinto. ¿Gravísimo, eh?

Eduardo. Gravísimo. Pronto la verás en el teatro y me dirás si no hay para enfermar de muerte. Yo le he propuesto ser su médico por unos días.

Jacinto. ¿Tú?

Eduardo. Yo. Y he de serlo. Y la he de curar. Oyendo las tribulaciones de esa hermosa mujer, de quien ya estoy desatinadamente enamorado, pensé que los médicos de las mujeres, antes que médicos tienen que ser poetas. ¡Ay de aquel que no sepa curar las almas! ¡Desilusión, desamor, desencanto! ¡Sólo con ilusión y con amor podreis curaros siempre!

Porque el tormento mayor
que hay para toda mujer,
es la muerte de ese amor
que se muere sin nacer.

FIN

Madrid, Febrero, 1910

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí.

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.

PRECIO: UNA PESETA

